

Antonio Gramsci

Cuaderno 12 (XXIX)
1932

Apuntes y notas dispersas para un
grupo de ensayos sobre la historia
de los intelectuales



<§ 1>. ¿Son los intelectuales un grupo social autónomo e independiente, o bien cada grupo social tiene su propia categoría especializada de intelectuales? El problema es complejo por las variadas formas que ha adoptado hasta ahora el proceso histórico real de formación de las diversas categorías intelectuales. Las más importantes de estas formas son dos:

1] Cada grupo social, naciendo en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea al mismo tiempo, orgánicamente, una o más capas de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de su propia función no sólo en el campo económico, sino también en el social y político: el empresario capitalista crea junto con él al técnico de la industria, al científico de la economía política, al organizador de una nueva cultura, de un nuevo derecho, etcétera, etcétera. Hay que observar el hecho de que el empresario representa una elaboración social superior, ya caracterizada por una cierta capacidad dirigente y técnica (o sea intelectual): debe tener una cierta capacidad técnica, además de en la esfera circunscrita de su actividad y de su iniciativa, también en otras esferas, al menos en aquellas más cercanas a la producción económica (debe ser un organizador de masas de hombres, debe ser un organizador de la "confianza" de los ahorradores en su empresa, de los compradores de su mercancía, etcétera). Si no todos los empresarios, al menos una élite de ellos debe tener una capacidad de organizador de la sociedad en general, en todo su complejo organismo de servicios, hasta el organismo estatal, por la necesidad de crear las condiciones más favorables a la expansión de su propia clase; o debe poseer por lo menos la capacidad de escoger los "delegados" (empleados especializados) a los que se confiará esta actividad organizativa de las relaciones generales externas a la empresa. Puede observarse que los intelectuales "orgánicos" que cada nueva clase crea consigo y elabora en su desarrollo progresivo, son en su mayor parte "especializaciones" de aspectos parciales de la actividad primitiva del tipo social nuevo que la nueva clase ha sacado a la luz. (Incluso los señores feudales eran detentadores de una particular capacidad técnica, la militar, y es precisamente desde el momento en que la aristocracia pierde el monopolio de la capacidad técnico-militar que se inicia la crisis del feudalismo. Pero la formación de los intelectuales en el mundo feudal y en el precedente mundo clásico es una cuestión a examinar aparte: esta formación y elaboración sigue vías y modos que hay que estu-

diar concretamente. Así hay que señalar que la masa de los campesinos, por más que desempeñe una función esencial en el mundo de la producción, no elabora sus propios intelectuales “orgánicos” y no “asimila”^a ningún estrato de intelectuales “tradicionales”, por más que de la masa de los campesinos otros grupos sociales extraigan muchos de sus intelectuales y gran parte de los intelectuales tradicionales sean de origen campesino.)

2] Pero todo grupo social “esencial”, emergiendo a la historia desde la precedente estructura económica y como expresión de su desarrollo (de esta estructura), ha encontrado, al menos en la historia conocida hasta ahora, categorías sociales preexistentes y que incluso aparecían como representantes de una continuidad histórica ininterrumpida incluso por los más complicados y radicales cambios de las formas sociales y políticas. La más típica de estas categorías intelectuales es la de los eclesiásticos, monopolizadores durante largo tiempo (durante toda una fase histórica que incluso se caracteriza en parte por este monopolio) de algunos servicios importantes: la ideología religiosa, o sea la filosofía y la ciencia de la época, con la escuela, la instrucción, la moral, la justicia, la beneficencia, la asistencia, etcétera. La categoría de los eclesiásticos puede ser considerada como la categoría intelectual orgánicamente ligada a la aristocracia terrateniente: era equiparada jurídicamente a la aristocracia, con la que compartía el ejercicio de la propiedad feudal de la tierra y el uso de los privilegios-estatales ligados a la propiedad. Pero el monopolio de las superestructuras por parte de los eclesiásticos (de ahí nació la acepción general de “intelectual” —o de “especialista”— de la palabra “clérigo”, en muchas lenguas de origen neolatino o influidas fuertemente, a través del latín eclesiástico, por las lenguas neolatinas, con su correlativo de “laico” en el sentido de profano —no especialista) no fue ejercido sin luchas y limitaciones, y por lo tanto se produjo el nacimiento, en varias formas (que habrá que buscar y estudiar concretamente) de otras categorías, favorecidas y engrandecidas por el fortalecimiento del poder central del monarca, hasta el absolutismo. Así se fue formando la aristocracia de la toga, con sus propios privilegios; un estrato de administradores, etcétera, científicos, teóricos, filósofos no eclesiásticos, etcétera.

Así como estas diversas categorías de intelectuales tradicionales sienten con “espíritu de cuerpo” su ininterrumpida continuidad histórica y su “calificación”, de igual manera se ven a sí mismas como autónomas e independientes del grupo social dominante; esta autoposición no carece de consecuencias en el campo ideológico y político, consecuencias de vasto alcance (toda la filosofía idealista puede fácilmente conectarse con esta posición asumida por el complejo social de los intelectuales y se puede definir la expresión de esta utopía social por la que los intelectuales se creen “independientes”, autónomos, revestidos de características propias a

^a En el manuscrito: “asimile”.

ellos solos, etcétera. Hay que señalar, sin embargo, que si el papa y la alta jerarquía de la Iglesia se creen más ligados a Cristo y a los apóstoles que a los senadores Agnelli y Benni, no sucede lo mismo con Gentile y Croce, por ejemplo; Croce, especialmente, se siente fuertemente ligado a Aristóteles y Platón, pero no oculta, tampoco, que está ligado a los senadores Agnelli y Benni y es precisamente en esto donde hay que buscar el carácter más relevante de la filosofía de Croce).

(Esta investigación sobre la historia de los intelectuales no será de carácter “sociológico”, sino que dará lugar a una serie de ensayos de “historia de la cultura” (*Kulturgeschichte*) y de historia de la ciencia política. Sin embargo, será difícil evitar algunas formas esquemáticas y abstractas que recuerdan a las de la “sociología”: por lo tanto, habrá que encontrar la forma literaria más adecuada para que la exposición sea “no-sociológica”. La primera parte de la investigación podría ser una crítica metodológica de las obras ya existentes sobre los intelectuales, que son casi todas de carácter sociológico. Por lo tanto es indispensable recopilar la bibliografía sobre el tema.)

¿Cuáles son los límites “máximos” de la acepción de “intelectual”? ¿Se puede encontrar un criterio unitario para caracterizar igualmente todas las diversas y dispares actividades intelectuales y para distinguir éstas al mismo tiempo y en forma esencial de las actividades de los otros agrupamientos sociales? El error metodológico más difundido me parece el de haber buscado este criterio de distinción en lo intrínseco de las actividades intelectuales y no, por el contrario, en el conjunto del sistema de relaciones en el que aquéllas (y por lo tanto los grupos que las encarnan) vienen a encontrarse en el complejo general de las relaciones sociales. Y en verdad el obrero o proletario, por ejemplo, no es específicamente caracterizado por el trabajo manual o instrumental (aparte la consideración de que no existe trabajo puramente físico y que incluso la expresión de Taylor de “gorila *amaestrado*”¹ es una metáfora para indicar un límite en una determinada dirección: en cualquier trabajo físico, incluso el más mecánico y degradado, existe un mínimo de calificación técnica, o sea un mínimo de actividad intelectual creadora), sino por este trabajo en determinadas condiciones y en determinadas relaciones sociales. Y ya ha sido observado que el empresario, por su misma función, debe tener en cierta medida un cierto número de calificaciones de carácter intelectual, si bien su figura social no sea determinada por ellas sino por las relaciones generales sociales que precisamente caracterizan la posición del empresario en la industria.

Todos los hombres son intelectuales, podría decirse por lo tanto; pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales (de igual modo, porque puede darse que cualquiera en cualquier momento se fría dos huevos o se remiende un desgarrón del abrigo, no se dirá que

todos son cocineros y sastres). {Se forman así históricamente categorías especializadas para el ejercicio de la función intelectual, se forman en conexión con todos los grupos sociales, pero especialmente en conexión con los grupos sociales más importantes y sufren elaboraciones más amplias y complejas en conexión con el grupo social dominante.} Una de las características más relevantes de cada grupo que se desarrolla hacia el dominio es su lucha por la asimilación y la conquista "ideológica" de los intelectuales tradicionales, asimilación y conquista que es tanto más rápida y eficaz cuanto más elabora simultáneamente el grupo dado sus propios intelectuales orgánicos. El enorme desarrollo alcanzado por la actividad y la organización escolar (en sentido amplio) en las sociedades surgidas del mundo medieval indica qué importancia han asumido en el mundo moderno las categorías y las funciones intelectuales: así como se ha tratado de profundizar y dilatar la "intelectualidad" de cada individuo, así se ha tratado también de multiplicar las especializaciones y de afinarlas. Ello resulta de las instituciones escolares de diverso grado, hasta llegar a los organismos para promover la llamada "alta cultura", en cada campo de la ciencia y de la técnica. (La escuela es el instrumento para elaborar los intelectuales de diverso grado. La complejidad de la función intelectual en los diversos Estados se puede medir objetivamente por la cantidad de escuelas especializadas y por su jerarquización: cuanto más extensa es el "área" escolar y cuanto más numerosos los "grados" "verticales" de la escuela, tanto más complejo es el mundo cultural, la civilización, de un determinado Estado. Se puede tener un término de parangón en la esfera de la técnica industrial; la industrialización de un país se mide por su capacidad en la construcción de máquinas para construir máquinas y en la fabricación de instrumentos cada vez más precisos para construir máquinas e instrumentos para construir máquinas, etcétera. El país que tiene la mejor infraestructura para construir instrumentos para los laboratorios experimentales de los científicos y para construir instrumentos para la verificación de estos instrumentos, puede considerarse el más complejo en el campo técnico-industrial, el más civilizado, etcétera. Lo mismo en la preparación de los intelectuales y en las escuelas dedicadas a esta preparación: escuelas e institutos de alta cultura son asimilables.) (También en este campo la cantidad no puede separarse de la calidad. A la más refinada especialización técnico-cultural no puede dejar de corresponder la mayor extensión posible de la difusión de la instrucción primaria y la mayor solicitud para favorecer los grados intermedios en el mayor número posible. Naturalmente esta necesidad de crear la más amplia base posible para la selección y elaboración de las más altas calificaciones intelectuales —esto es, de dar a la alta cultura y a la técnica superior una estructura democrática— no carece de inconvenientes: se crea así la posibilidad de vastas crisis de desocupación de los estratos medios

intelectuales, tal como de hecho sucede en todas las sociedades modernas.)

{Hay que señalar que la elaboración de estratos intelectuales en la realidad concreta no ocurre sobre un terreno democrático abstracto, sino según procesos históricos tradicionales muy concretos.} Se han formado estratos que tradicionalmente "producen" intelectuales y son los mismos que de costumbre están especializados en el "ahorro", o sea la pequeña y mediana burguesía terrateniente y algunos estratos de la pequeña y mediana burguesía urbana. La diversa distribución de los diversos tipos de escuelas (clásicas y profesionales) en el territorio "económico" y las diversas aspiraciones de las varias categorías de estos estratos, determinan o dan forma a la producción de las diversas ramas de especialización intelectual. Así, en Italia, la burguesía rural produce especialmente funcionarios estatales y profesionistas libres, mientras que la burguesía citadina produce técnicos para la industria: y por eso Italia septentrional produce especialmente técnicos e Italia meridional especialmente funcionarios y profesionistas.

La relación entre los intelectuales y el mundo de la producción no es inmediata, como sucede para los grupos sociales fundamentales, sino que es "mediada", en diverso grado, por todo el tejido social, por el conjunto de las superestructuras, de las que, precisamente, los intelectuales son los "funcionarios". Podría medirse la "organicidad" de los diversos estratos intelectuales, su más o menos estrecha conexión con un grupo social fundamental, estableciendo una gradación de las funciones y de las superestructuras desde abajo hacia arriba (desde la base estructural para arriba). Es posible, por ahora, establecer dos grandes "planos" superestructurales, el que se puede llamar de la "sociedad civil", o sea del conjunto de organismos vulgarmente llamados "privados", y el de la "sociedad política o Estado" y que corresponden a la función de "hegemonía" que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad y al de "dominio directo" o de mando que se expresa en el Estado y en el gobierno "jurídico". Estas funciones son precisamente organizativas y conectivas. Los intelectuales son los "encargados" por el grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político, esto es: 1] del consenso "espontáneo" dado por las grandes masas de la población a la orientación imprimida a la vida social por el grupo dominante fundamental, consenso que nace "históricamente" del prestigio (y por lo tanto de la confianza) derivado^a por el grupo dominante de su posición y de su función en el mundo de la producción; 2] del aparato de coerción estatal que asegura "legalmente" la disciplina de aquellos grupos que no "consienten" ni activa ni pasivamente, pero que está constituido por toda la sociedad en previsión de los momentos de crisis en el mando y en la dirección en que el consenso espontáneo viene a faltar. Este planteamiento

^a En el manuscrito: "de la".

del problema da como resultado una extensión muy grande del concepto de intelectual, pero sólo así es posible llegar a una aproximación concreta de la realidad. Este modo de plantear la cuestión choca contra prejuicios de casta: es verdad que la misma función organizativa de la hegemonía social y del dominio estatal da lugar a una cierta división del trabajo y por lo tanto a toda una gradación de calificaciones, en algunas de las cuales no aparece ya ninguna atribución directiva y organizativa: en el aparato de dirección social y estatal existe toda una serie de empleos de carácter manual e instrumental (de orden y no de concepto, de agente y no de oficial o de funcionario, etcétera), pero evidentemente hay que hacer esta distinción, igual que habrá que hacer también algunas otras. De hecho la actividad intelectual debe ser diferenciada en grados incluso desde el punto de vista intrínseco, grados que en los momentos de extrema oposición dan una auténtica diferencia cualitativa: en el escalón más elevado habrá que poner a los creadores de las diversas ciencias, de la filosofía, del arte, etcétera; en el más bajo a los más humildes "administradores" y divulgadores de la riqueza intelectual ya existente, tradicional, acumulada. El organismo militar, también en este caso, ofrece un modelo de estas complejas graduaciones: oficiales subalternos, oficiales superiores. Estado mayor; y no hay que olvidar a los graduados de tropa, cuya importancia real es superior a lo que suele pensarse. Es interesante notar que todas estas partes se sienten solidarias e incluso que los estratos inferiores manifiestan un espíritu de cuerpo más marcado y extraen del mismo una jactancia que a menudo los expone a pullas y chanzas.

En el mundo moderno, la categoría de los intelectuales, así entendida, se ha ampliado de forma inaudita. Han sido elaboradas por el sistema social democrático-burocrático masas imponentes, no todas ellas justificadas por las necesidades sociales de la producción, aunque sí justificadas por las necesidades políticas del grupo dominante fundamental. De ahí la concepción loriana del "trabajador" improductivo (¿pero improductivo con referencia a quién y a qué modo de producción?), que podría en parte justificarse si se toma en cuenta que estas masas explotan su posición para hacerse asignar tajadas ingentes de la renta nacional. La formación de masas ha estandarizado a los individuos tanto como calificación individual y como psicología, determinando los mismos fenómenos que en todas las demás masas estandarizadas: competencia que plantea la necesidad de la organización profesional de defensa, desocupación, superproducción escolar, emigración, etcétera.

(Diversa posición de los intelectuales de tipo urbano y de tipo rural.² Los intelectuales de tipo urbano han crecido junto con la industria y están ligados a su destino. Su función puede ser parangonada con la de los oficiales subalternos en el ejército: no tienen ninguna iniciativa autónoma para construir los planes de construcción; ponen en relación, articulándola,

la masa instrumental con el empresario, elaboran la ejecución inmediata del plan de producción establecido por el estado mayor de la industria, controlando sus fases laborales elementales. En su media general, los intelectuales urbanos están muy estandarizados; los altos intelectuales urbanos se confunden siempre con el auténtico estado mayor industrial.)

Los intelectuales de tipo rural son en gran parte "tradicionales", o sea ligados a la masa social campesina y pequeñoburguesa, de ciudad (especialmente de los centros menores), todavía no elaborada y puesta en movimiento por el sistema capitalista: este tipo de intelectual pone en contacto a la masa campesina con la administración estatal o local (abogados, notarios, etcétera) y por esta misma función tiene una gran función político-social, porque la mediación profesional es difícilmente separable de la mediación política. Además: en el campo el intelectual (cura, abogado, maestro, notario, médico, etcétera) tiene un nivel de vida medio superior o al menos distinto del correspondiente al campesino medio y por ello representa para éste un modelo social en la aspiración a salir de su condición y mejorarla. El campesino piensa siempre que al menos uno de sus hijos podría llegar a ser intelectual (especialmente cura), o sea convertirse en un señor, elevando el grado social de la familia y facilitando su vida económica con las afinidades que no podrá dejar de tener con los otros señores. La actitud del campesino con respecto al intelectual es dual y parece contradictoria: admira la posición social del intelectual y en general del empleado estatal, pero en ocasiones finge despreciarla, o sea que su admiración está teñida instintivamente de elementos de envidia y rabia apasionada. No se comprende nada de la vida colectiva de los campesinos y de los gérmenes y fermentos de desarrollo que en ella existen si no se toma en consideración, si no se estudia en concreto y no se profundiza, esta subordinación efectiva a los intelectuales: todo desarrollo orgánico de las masas campesinas, hasta cierto punto, está vinculado a los movimientos de los intelectuales y depende de ellos.

Otro es el caso de los intelectuales urbanos: los técnicos de fábrica no explican ninguna función política sobre sus masas instrumentales, o al menos ésta es una fase ya superada; a veces ocurre precisamente lo contrario, que las masas instrumentales, al menos a través de sus propios intelectuales orgánicos, ejercen una influencia política sobre los técnicos.

(El punto central de la cuestión sigue siendo la distinción entre intelectuales como categoría orgánica de todo grupo social fundamental, e intelectuales como categoría tradicional; distinción de la que brota toda una serie de problemas y de posibles investigaciones históricas.) El problema más interesante es el que concierne, si se considera desde este punto de vista, al partido político moderno, sus orígenes reales, sus desarrollos, sus formas. ¿Qué viene a ser el partido político por lo que toca al problema de los intelectuales? Hay que hacer algunas distinciones: 1] para

algunos grupos sociales el partido político no es otra cosa que el modo propio de elaborar su propia categoría de intelectuales orgánicos, que se forman así y no pueden dejar de formarse, dadas las características generales y las condiciones de formación, de vida y desarrollo del grupo social dado, directamente en el campo político y filosófico y no ya en el campo de la técnica productiva (en el campo de la técnica productiva se forman aquellos estratos que puede decirse corresponden a los "graduados de tropa" en el ejército, o sea los obreros calificados y especializados en la ciudad y en forma más compleja los medieros^a y colonos en el campo, porque el mediero y el colono en general corresponden más bien al tipo artesano, que es el obrero calificado de una economía medieval); 2] el partido político, para todos los grupos, es precisamente el mecanismo que en la sociedad civil cumple la misma función que cumple el Estado, en medida más vasta y más sintéticamente, en la sociedad política, o sea que procura la fusión entre intelectuales orgánicos de un dado grupo, el dominante, e intelectuales tradicionales, y esta función el partido la cumple precisamente en dependencia de su función fundamental que es la de elaborar sus propios componentes, elementos de un grupo social nacido y desarrollado como "económico", hasta hacerlos convertirse en intelectuales políticos calificados, dirigentes, organizadores de todas las actividades y las funciones inherentes al desarrollo orgánico de una sociedad integral, civil y política. Puede decirse incluso que, en su ámbito, el partido político cumple su función mucho más cumplida y orgánicamente de lo que el Estado cumple la suya en un ámbito más vasto: un intelectual que entra a formar parte del partido político de un determinado grupo social, se confunde con los intelectuales orgánicos del grupo mismo, se liga estrechamente al grupo, lo que no sucede a través de la participación en la vida estatal sino mediocrementemente y a veces de ningún modo. También sucede que muchos intelectuales creen que ellos son el Estado, creencia que, dada la masa imponente de la categoría, a veces tiene consecuencias notables y lleva a complicaciones desagradables para el grupo económico fundamental que realmente es el Estado.

Que todos los miembros de un partido político deban ser considerados como intelectuales es una afirmación que puede prestarse a la burla y a la caricatura; no obstante, si se reflexiona, nada es más exacto. Habrá que hacer distinciones de grados, un partido podrá tener una mayor o menor composición del grado más alto o del más bajo, no es eso lo que importa: importa la función que es directiva y organizativa, o sea educativa, o sea intelectual. Un comerciante no entra a formar parte de un partido político para hacer comercio, ni un industrial para producir más a costos reducidos, ni un campesino para aprender nuevos métodos de cultivar la tierra, aunque algunos aspectos de estas exigencias del comerciante, del

^a En el manuscrito: "con los medieros".

industrial, del campesino puedan hallar satisfacción en el partido político (la opinión general contradice lo anterior, afirmando que el comerciante, el industrial, el campesino "politiqueros" pierden en vez de ganar, y son los peores de su categoría, lo cual puede discutirse). Para estos fines, dentro de ciertos límites, existe el sindicato profesional en el que la actividad económico-corporativa del comerciante, del industrial, del campesino, encuentra su cuadro más adecuado. En el partido político los elementos de un grupo social económico superan este momento de su desarrollo histórico y se convierten en agentes de actividades generales, de carácter nacional e internacional. Esta función del partido político debería aparecer mucho más clara después de un análisis histórico concreto de cómo se han desarrollado las categorías orgánicas y las categorías tradicionales de los intelectuales tanto en el terreno de las diversas historias nacionales como en el del desarrollo de los diversos grupos sociales más importantes, en el cuadro de las diversas naciones, especialmente en aquellos grupos cuya actividad económica ha sido predominantemente instrumental.

La formación de los intelectuales tradicionales es el problema histórico más interesante. Está ciertamente vinculado a la esclavitud del mundo clásico y a la posición de los libertos de origen griego y oriental en la organización social del Imperio romano. Esta separación no sólo social sino nacional, de raza, entre masas notables de intelectuales y la clase dominante del Imperio romano se reproduce después de la caída del Imperio entre guerreros germánicos e intelectuales de origen romanizado, continuadores de la categoría de los libertos. Se entrelaza con estos fenómenos el nacimiento y desarrollo del catolicismo y la organización eclesiástica que durante muchos siglos absorbió la mayor parte de las actividades intelectuales y ejerció el monopolio de la dirección cultural, con sanciones penales para quienes quisieran oponerse o incluso eludir el monopolio. En Italia se da el fenómeno, más o menos intenso según las épocas, de la función cosmopolita de los intelectuales de la península. Mencionaré las diferencias que saltan inmediatamente a la vista en el desarrollo de los intelectuales en toda una serie de países, al menos las más notables, con la advertencia de que estas observaciones deberán ser controladas y profundizadas (por lo demás, todas estas notas deben ser consideradas simplemente como apuntes y temas para la memoria, que deben ser controladas y profundizadas):

Para Italia el hecho central es precisamente la función internacional y cosmopolita de sus intelectuales, que es causa y efecto del estado de disgregación en que permaneció la península desde la caída del Imperio romano hasta 1870.

Francia ofrece un tipo logrado de desarrollo armónico de todas las energías nacionales y especialmente de las categorías intelectuales; cuando en 1789 un nuevo agrupamiento social aflora políticamente a la historia,

está completamente equipado para todas sus funciones sociales y por ello lucha por el dominio total de la nación, sin entrar en compromisos especiales con las viejas clases, sino por el contrario subordinándolas a sus propios fines. Las primeras células intelectuales del nuevo tipo nacen con las primeras células económicas: la misma organización eclesíástica resulta influida (galicanismo, luchas muy precoces entre la Iglesia y el Estado). Esta masiva construcción intelectual explica la función de la cultura francesa en los siglos XVIII y XIX, función de irradiación internacional y cosmopolita y de expansión de carácter imperialista y hegemónico de modo orgánico, por lo tanto muy distinta de la italiana, de carácter inmigratorio personal y disgregado, que no refluye sobre la base nacional para potenciarla sino que por el contrario coopera a hacer imposible la constitución de una sólida base nacional.

En Rusia diversos aspectos: la organización política y económico-comercial es creada por los normandos (variegos), la religiosa por los griegos bizantinos; en un segundo tiempo los alemanes y los franceses llevan a Rusia la experiencia europea y dan un primer esqueleto consistente a la gelatina histórica rusa. Las fuerzas nacionales son inertes, pasivas y receptivas, pero seguramente por eso mismo asimilan completamente las influencias extranjeras y a los mismos extranjeros, rusificándolos. En el periodo histórico más reciente ocurre el fenómeno inverso: una élite de personas entre las más activas, enérgicas, emprendedoras y disciplinadas, emigra al extranjero, asimila la cultura y las experiencias históricas de los países más avanzados de Occidente, sin por ello perder las características más esenciales de su propia nacionalidad, esto es, sin romper los vínculos sentimentales e históricos con su propio pueblo; hecho así su aprendizaje intelectual, regresa a su país, obligando al pueblo a un forzado despertar, a una marcha acelerada, hacia adelante, quemando etapas. La diferencia entre esta élite y la alemana importada (por Pedro el Grande, por ejemplo) consiste en su carácter esencial nacional-popular: no puede ser asimilada por la pasividad inerte del pueblo ruso, porque ella misma es una enérgica reacción rusa a su propia inercia histórica.

En otro terreno y en muy distintas condiciones de tiempo y lugar, este fenómeno ruso puede parangonarse con el nacimiento de la nación norteamericana (Estados Unidos): los inmigrantes anglosajones son también ellos una élite intelectual, pero especialmente moral. Naturalmente queremos referirnos a los primeros inmigrados, a los pioneros, protagonistas de las luchas religiosas y políticas inglesas, derrotados, pero no humillados ni deprimidos en su patria de origen. Ellos importan a América, con ellos mismos, además de la energía moral y volitiva, un cierto grado de civilización, una cierta fase de la evolución histórica europea, que trasplantada al suelo virgen americano por tales agentes, continúa desarrollando las fuerzas implícitas en su naturaleza pero con un ritmo incomparablemente

más rápido que en la vieja Europa, donde existe toda una serie de frenos (morales intelectuales políticos económicos, incorporados en determinados grupos de la población, reliquias de los regímenes pasados que no quieren desaparecer) que se oponen a un proceso rápido y equilibran en la mediocridad toda iniciativa, diluyéndola en el tiempo y en el espacio. 5

En Inglaterra el desarrollo es muy distinto que en Francia. El nuevo agrupamiento social nacido sobre la base del industrialismo moderno, tiene un sorprendente desarrollo económico-corporativo, pero avanza a tientas en el campo intelectual-político. Muy vasta la categoría de los intelectuales orgánicos, esto es, nacidos en el mismo terreno industrial con el grupo económico, pero en la esfera más elevada encontramos conservada la posición de casi monopolio de la vieja clase terrateniente, que pierde la supremacía económica pero conserva durante largo tiempo una supremacía político-intelectual y es asimilada como "intelectuales tradicionales" y estrato dirigente por el nuevo grupo en el poder. La vieja aristocracia terrateniente se une a los industriales con un tipo de estructura que en otros países es precisamente el que une a los intelectuales tradicionales a las nuevas clases dominantes.

El fenómeno inglés se presentó también en Alemania, complicado por otros elementos históricos y tradicionales. Alemania, como Italia, fue la sede de una institución y de una ideología universalista, supranacional (Sacro Romano Imperio de la Nación alemana) y dio una cierta cantidad de personal a la cosmópolis medieval, depauperando sus propias energías internas y suscitando luchas que derivaban de los problemas de organización nacional y mantenían la disgregación territorial de la Edad Media. El desarrollo industrial se produjo bajo una apariencia semifeudal que duró hasta noviembre de 1918 y los *junkers* mantuvieron una supremacía político-intelectual mucho mayor que la del mismo grupo inglés. Ellos fueron los intelectuales tradicionales de los industriales alemanes, pero con especiales privilegios y con una fuerte conciencia de ser un grupo social independiente, basada en el hecho de que ejercían un notable poder económico sobre la tierra, más "productiva" que en Inglaterra. Los *junkers* prusianos se parecen a una casta sacerdotal-militar, que tiene un casi monopolio de las funciones directivas-organizativas en la sociedad política, pero que tiene al mismo tiempo una base económica propia y no depende exclusivamente de la liberalidad del grupo económico dominante. Por otra parte, a diferencia de los nobles terratenientes ingleses, los *junkers* constituían la oficialidad de un gran ejército permanente, lo que les daba cuadros organizativos sólidos, favorables a la conservación del espíritu de cuerpo y del monopolio político (en el libro *Parlamento e governo nel nuovo ordinamento della Germania* de Max Weber³ se pueden hallar muchos elementos para ver cómo el monopolio político de los nobles impidió la elaboración de un personal político burgués vasto y expe-

rimentado y cómo se encuentra en la base de las continuas crisis parlamentarias y de la disgregación de los partidos liberales y democráticos; de ahí la importancia del Centro Católico y de la socialdemocracia, que en el período imperial lograron elaborar su propio estrato parlamentario y directivo bastante notable).

En los Estados Unidos debe observarse la ausencia, en cierta medida, de los intelectuales tradicionales y por lo tanto el diverso equilibrio de los intelectuales en general. Se dio una formación masiva sobre la base industrial de todas las superestructuras modernas. La necesidad de un equilibrio no es dada por el hecho de que hay que fusionar a los intelectuales orgánicos con los tradicionales que no existen como categoría cristalizada y misoneísta, sino por el hecho de que hay que fusionar en un único crisol nacional de cultura unitaria tipos de culturas distintas traídas por los inmigrados de diversos orígenes nacionales. La falta de una vasta sedimentación de intelectuales tradicionales, como la que se dio en los países de antigua civilización, explica en parte, tanto la existencia de dos únicos grandes partidos políticos, que en realidad podrían fácilmente reducirse a uno solo (cfr. no sólo con la Francia de la posguerra, cuando la multiplicación de los partidos se convirtió en fenómeno general) y al contrario la multiplicación ilimitada de las sectas religiosas (me parece que se han catalogado más de doscientas; cfr. con Francia y con las encarnizadas luchas sostenidas para mantener la unidad religiosa y moral del pueblo francés).

Una manifestación interesante está todavía por estudiarse en los Estados Unidos y es la formación de un número sorprendente de intelectuales negros, que absorben la cultura y la técnica americana. Puede pensarse en la influencia indirecta que estos intelectuales negros pueden ejercer sobre las masas atrasadas de África y en la influencia directa si se verificase una de estas hipótesis: 1] que el expansionismo norteamericano se sirva de los negros nacionales como agentes para conquistar los mercados africanos y extender a éstos su propio tipo de civilización (algo parecido ha ocurrido ya, pero ignoro en qué medida); 2] que las luchas por la unificación del pueblo americano se agudicen en tal medida que determinen el éxodo de los negros y el retorno a África de los elementos intelectuales más independientes y enérgicos y por lo tanto menos propensos a someterse a una posible legislación todavía más humillante que las costumbres actualmente vigentes. Nacerían de ahí dos cuestiones fundamentales: 1] de la lengua, o sea ¿podría el inglés convertirse en la lengua culta de África, unificadora de la existente multiplicidad de dialectos? 2] la de si este estrato intelectual puede tener la capacidad asimiladora y organizadora en tal medida que llegue a convertir en "nacional" el actual sentimiento primitivo de raza despreciada, elevando al continente africano al mito y a la función de patria común de todos los negros. Me parece que,

por ahora, los negros de América deben de tener un espíritu de raza y nacional más negativo que positivo, esto es, suscitado por la lucha que los blancos conducen para aislarlos y aplastarlos: ¿pero no fue éste el caso de los judíos hasta terminar el siglo xviii? La Liberia ya americanizada y con el inglés como lengua oficial podría convertirse en la Sión de los negros americanos, con la tendencia a constituirse en el Piamonte africano.

En la América meridional y central la cuestión de los intelectuales me parece que debe examinarse tomando en cuenta estas condiciones fundamentales: tampoco en la América meridional y central existe una vasta categoría de intelectuales tradicionales, pero la cosa no se presenta en los mismos términos de los Estados Unidos. En efecto, encontramos en la base del desarrollo de estos países los cuadros de las civilizaciones española y portuguesa de los siglos xvi y xvii, caracterizada por la Contrarreforma y el militarismo parasitario. Las cristalizaciones resistentes todavía hoy en estos países son el clero y una casta militar, dos categorías de intelectuales tradicionales fosilizadas en la forma de la madre patria europea. La base industrial es muy restringida y no ha desarrollado superestructuras complicadas: la mayor cantidad de intelectuales es de tipo rural y puesto que domina el latifundio, con extensas propiedades eclesiásticas, estos intelectuales están vinculados al clero y a los grandes propietarios. La composición nacional es muy desequilibrada incluso entre los blancos, pero se complica por las masas notables de indios que en algunos países son la mayoría de la población. Puede decirse en general que en estas regiones americanas existe aún una situación de *Kulturkampf* y de proceso Dreyfus, o sea una situación en la que el elemento laico y burgués no ha alcanzado aun la fase de la subordinación a la política laica del Estado moderno de los intereses y de la influencia clerical y militarista. Así sucede que por oposición al jesuitismo tiene todavía mucha influencia la masonería y el tipo de organización cultural como la "Iglesia positivista". Los acontecimientos de estos últimos tiempos (noviembre de 1930), desde el *Kulturkampf* de Calles en México a las insurrecciones militares-populares en la Argentina, en el Brasil, en el Perú, en Chile, en Bolivia, demuestran precisamente la exactitud de estas observaciones.

Otros tipos de formación de las categorías intelectuales y de sus relaciones con las fuerzas nacionales se pueden encontrar en la India, en la China, en el Japón. En el Japón tenemos una formación del tipo inglés y alemán, o sea de una civilización industrial que se desarrolla dentro de una envoltura feudal-burocrática con características propias inconfundibles.

En la China existe el fenómeno de la escritura, expresión de la completa separación de los intelectuales y el pueblo. En la India y en la China la enorme distancia entre los intelectuales y el pueblo se manifiesta también en el campo religioso. El problema de las diversas creencias y del

modo diverso de concebir y practicar la misma religión entre los diversos estratos de la sociedad, pero especialmente entre clero e intelectuales y pueblo, debería ser estudiado en general, porque se manifiesta en todas partes en cierta medida, si bien en los países del Asia oriental tiene sus manifestaciones más extremas. En los países protestantes la diferencia es relativamente pequeña (la multiplicación de las sectas está ligada a la exigencia de una sutura completa entre intelectuales y pueblo, lo cual reproduce en la esfera de la organización superior todas las escabrosidades de la concepción real de las masas populares). Es muy notable en los países católicos, pero en grados diversos: menos grande en la Alemania católica y en Francia, más grande en Italia, especialmente en el Mediodía y en las islas; grandísima en la península ibérica y en los países de la América latina. El fenómeno aumenta de volumen en los países ortodoxos en los que hay que hablar de tres grados de la misma religión: el del alto clero y los monjes, el del clero secular y el del pueblo. Se vuelve absurdo en el Asia oriental, donde la religión del pueblo a menudo no tiene nada que ver con la de los libros, por más que a ambas se les dé el mismo nombre.

Aspectos diversos de la cuestión de los intelectuales, además de los arriba mencionados. (Hay que realizar un plan orgánico, sistemático y razonado. Registro de la actividad de carácter predominantemente intelectual. Instituciones ligadas a la actividad cultural. Método y problemas de método del trabajo intelectual y cultural, tanto creativo como divulgativo. Escuela, academia, círculos de diverso tipo como instituciones de elaboración colegial de la vida cultural. Revistas y periódicos como medios para organizar y difundir determinados tipos de cultura.)

6ª Puede observarse en general que en la civilización moderna todas las actividades prácticas se han vuelto tan complejas y las ciencias se han entrelazado a tal punto con la vida, que toda actividad práctica tiende a crear una escuela para sus propios dirigentes y especialistas y por consiguiente a crear un grupo de intelectuales especialistas de grado más elevado, que enseñen en estas escuelas. Así, junto al tipo de escuela que se podría llamar "humanista", y es el tradicional más antiguo, y que estaba orientada a desarrollar en todo individuo humano la cultura general todavía indiferenciada, la potencia fundamental de pensar y saber dirigirse en la vida, se ha ido creando todo un sistema de escuelas particulares de diverso grado, para ramas profesionales enteras o para profesiones ya especializadas e indicadas con precisa identificación. Puede incluso decirse que la crisis escolar que hoy nos amenaza está precisamente ligada al hecho de que este proceso de diferenciación y particularización se produce caóticamente, sin principios claros y precisos, sin un plan bien estudiado y conscientemente establecido: la crisis del programa y de la organización esco-

lar, o sea de la orientación general de una política de formación de los modernos cuadros intelectuales, es en gran parte un aspecto y una complicación de la crisis orgánica más amplia y general. La división fundamental de la escuela en clásica y profesional era un esquema racional: la escuela profesional para las clases instrumentales, la clásica para las clases dominantes y para los intelectuales. El desarrollo de la base industrial tanto en la ciudad como en el campo tenía una creciente necesidad del nuevo tipo de intelectual urbano; se desarrolló, junto a la escuela clásica, la escuela técnica (profesional pero no manual), lo que puso en discusión el principio mismo de la orientación concreta de cultura general, de la orientación humanista de la cultura general fundada sobre la tradición grecorromana. Esta orientación, una vez puesta en discusión, puede considerarse arruinada, porque su capacidad formativa se basaba en gran parte en el prestigio general y tradicionalmente indiscutido de una determinada forma de civilización.

Hoy la tendencia es la de abolir todo tipo de escuela "desinteresada" (no inmediatamente interesada) y "formativa" o de dejar de ella sólo un ejemplar reducido para una pequeña élite de señores y damas que no tienen que pensar en prepararse un futuro profesional, y la de difundir cada vez más las escuelas profesionales especializadas en las que el destino del alumno y su futura actividad se hallan predeterminadas. La crisis tendrá una solución que racionalmente debería seguir esta línea: escuela única inicial de cultura general, humanista, formativa, que equilibre justamente el desarrollo de las capacidades de trabajar manualmente (técnicamente, industrialmente) y el desarrollo de las capacidades del trabajo intelectual. De este tipo de escuela única, a través de experiencias repetidas de orientación profesional, se pasará a una de las escuelas especializadas o al trabajo productivo.

Debe tenerse presente la tendencia en desarrollo por la que toda actividad práctica tiende a crearse su propia escuela especializada, así como cada actividad intelectual tiende a crearse sus propios círculos de cultura, que asumen la función de instituciones posescolares especializadas para organizar las condiciones en las que sea posible mantenerse al corriente de los progresos que se realizan en cada rama científica. Se puede observar también que cada vez más los órganos deliberantes tienden a distinguir su actividad en dos aspectos "orgánicos", la deliberativa que les es esencial y la técnica-cultural por la que las cuestiones acerca de las que hay que tomar resoluciones son primero examinadas por expertos y analizadas científicamente. Esta actividad ha creado ya todo un cuerpo burocrático de una nueva estructura, porque además de los oficios especializados de competentes que preparan el material técnico para los cuerpos deliberantes, se crea un segundo cuerpo de funcionarios, más o menos "voluntarios" y desinteresados, elegidos según las ocasiones en la industria, en la

banca, en las finanzas. Es éste uno de los mecanismos a través de los cuales la burocracia de carrera acabó por controlar los regímenes democráticos y parlamentarios; ahora el mecanismo | se va extendiendo orgánicamente y absorbe en su círculo a los grandes especialistas de la actividad práctica privada, que así controla tanto a los regímenes como a la burocracia. Puesto que se trata de un desarrollo orgánico necesario que tiende a integrar el personal especializado en la técnica política con personal especializado en las cuestiones concretas de administración de las actividades prácticas esenciales de las grandes y complejas sociedades nacionales modernas, todo intento de exorcizar estas tendencias desde el exterior no produce otro resultado que prédicas moralistas y gemidos retóricos. Se plantea la cuestión de modificar la preparación del personal técnico político integrando su cultura según las nuevas necesidades, y la de elaborar nuevos tipos de funcionarios especializados que colegialmente integren la actividad deliberante. El tipo tradicional del "dirigente" político, preparado sólo para las actividades jurídico-formales, se vuelve anacrónico y representa un peligro para la vida estatal: el dirigente debe tener aquel mínimo de cultura general técnica que le permita, si no "crear" autónomamente la solución justa, sí saber juzgar entre las soluciones presentadas por los expertos y elegir en consecuencia la que es justa desde el punto de vista "sintético" de la técnica política. Un tipo de colegio deliberante que busca incorporarse la competencia técnica necesaria para operar realísticamente fue ya descrito en otro lugar,⁴ donde se habla de lo que sucede en las redacciones de ciertas revistas, que funcionan al mismo tiempo como redacciones y como círculos de cultura. El círculo crítica colegialmente y contribuye así a elaborar los trabajos de los redactores, cuyas tareas están organizadas según un plan y una división del trabajo racionalmente dispuesta. A través de la discusión y la crítica colegial (hecha de sugerencias, consejos, indicaciones metodológicas, crítica constructiva y orientada a la educación recíproca) por la que cada uno funciona como especialista en su materia para integrar la competencia colectiva, en realidad se consigue elevar el nivel medio de los redactores, para alcanzar la elevación o la capacidad del más preparado, asegurando a la revista una colaboración cada vez más elegida y orgánica, y no sólo eso, sino creando las condiciones para el surgimiento de un grupo homogéneo de intelectuales preparado para producir una actividad "librera" regular y metódica (no sólo de publicaciones de ocasión y de ensayos parciales, sino de trabajos orgánicos de conjunto). Indudablemente, en esta especie de actividad colectiva, cada trabajo produce nuevas capacidades y posibilidades de trabajo, porque crea condiciones de trabajo cada vez más orgánicas: ficheros, clasificaciones bibliográficas, recopilación de obras especializadas fundamentales, etcétera. Se exige una lucha rigurosa contra las tendencias al diletantismo, a la improvisación, a las soluciones "oratorias" y declamatorias. El trabajo

debe hacerse especialmente por escrito, así como por escrito deben ser las críticas, en notas apretadas y sucintas, lo que puede obtenerse distribuyendo a tiempo el material, etcétera; el escribir las notas y las críticas es un principio didáctico que se hace necesario por la necesidad de combatir los hábitos de prolijidad, de la declamación y el paralogismo creados por la oratoria. Este tipo de trabajo intelectual es necesario para hacer adquirir a los autodidactos la disciplina de los estudios que procura una carrera escolar regular, para taylorizar el trabajo intelectual. Así, es útil el principio de los "ancianos de Santa Zita" del que habla De Sanctis en sus recuerdos sobre la escuela napolitana de Basilio Puoti:⁵ o sea que es útil una cierta "estratificación" de las capacidades y actitudes y la formación de grupos de trabajo bajo la guía de los más expertos y avanzados, que aceleren la preparación de los más atrasados y toscos.

Un punto importante en el estudio de la organización práctica de la escuela unitaria es el que concierne a la carrera escolar en sus diversos grados conforme a la edad y al desarrollo intelectual-moral de los alumnos y a los fines que la propia escuela quiere alcanzar. La escuela unitaria o de formación humanista (entendido este término de humanismo en sentido amplio y no sólo en el sentido tradicional) o de cultura general, debería proponerse introducir en la actividad social a los jóvenes después de haberlos conducido a cierto grado de madurez y capacidad para la creación intelectual y práctica y de autonomía en la orientación y en la iniciativa. El establecimiento de la edad escolar obligatoria depende de las condiciones económicas generales, porque éstas pueden obligar a exigir a los jóvenes y a los niños cierta aportación productiva inmediata. La escuela unitaria exige que el Estado pueda asumir los gastos que hoy están a cargo de las familias para el mantenimiento de los escolares, o sea que transforma el balance del Ministerio de Educación nacional de arriba a abajo, extendiéndolo en forma inaudita y complicándolo: toda la función de la educación y formación de las nuevas generaciones pasa a ser de privada, pública, porque sólo así puede abarcar a todas las generaciones sin divisiones de grupos o castas. Pero esta transformación de la actividad escolar exige una ampliación inaudita de la organización práctica de la escuela, o sea de los edificios, del material científico, del cuerpo docente, etcétera. El cuerpo de docentes especialmente debería ser aumentado, porque la eficiencia de la escuela es tanto mayor y más intensa cuanto más pequeña es la relación entre maestro y alumnos, lo que plantea otros problemas de no fácil ni rápida solución. Tampoco la cuestión de los edificios es sencilla, porque este tipo de escuela debería ser una escuela-colegio, con dormitorios, refectorios, bibliotecas especializadas, salas adecuadas para el trabajo de seminario, etcétera. Por eso inicialmente el nuevo tipo de escuela deberá y no podrá ser sino propia de grupos restringidos, de jóvenes seleccionados por concurso o indicados bajo su responsa-

bilidad por instituciones idóneas. La escuela unitaria debería corresponder al periodo representado hoy por las elementales y las medias, reorganizadas no sólo por lo que toca al contenido y al método de la enseñanza, sino también por la disposición de los diversos grados de la carrera escolar. El primer grado elemental no debería ser de más de 3-4 años y junto a la enseñanza de las primeras nociones “instrumentales” de la instrucción —leer, escribir, hacer cuentas, geografía, historia— debería desarrollar especialmente la parte hoy descuidada de los “derechos y deberes”, o sea las primeras nociones del Estado y de la sociedad, como elementos primordiales de una nueva concepción del mundo que entra en lucha contra las concepciones dadas por los diversos ambientes sociales tradicionales, o sea las concepciones que se pueden llamar folklóricas. El problema didáctico a resolver es el de atemperar y fecundar la orientación dogmática que no puede ser otra en estos primeros años. El resto del curso no debería durar más de seis años, de modo que a los 15-16 años se debería poder cumplir todos los grados de la escuela unitaria. Se puede objetar que semejante curso es demasiado fatigoso por su rapidez, si se quieren efectivamente alcanzar los resultados que la actual organización de la escuela clásica se propone pero no alcanza. Se puede decir, sin embargo, que el conjunto de la nueva organización deberá contener en sí misma los elementos generales por los que hoy, al menos para una parte de los alumnos, el curso es por el contrario demasiado lento. ¿Cuáles son estos elementos? En una serie de familias, especialmente de los estratos intelectuales, los niños encuentran en la vida familiar una preparación, una prolongación y una integración de la vida escolar, absorben, como suele decirse, del “aire” toda una cantidad de nociones y actitudes que facilitan la carrera escolar propiamente dicha: ellos conocen ya y desarrollan el conocimiento de la lengua literaria, o sea el medio de expresión y de conocimiento, técnicamente superior a los medios poseídos por la media de la población escolar desde los seis a los doce años. Así los alumnos de la ciudad, por el solo hecho de vivir en la ciudad, han absorbido ya antes de los seis años una cantidad de nociones y actitudes que hacen más fácil, más provechosa y más rápida la carrera escolar. En la organización íntima de la escuela unitaria deben crearse al menos las principales de estas condiciones, además del hecho, que es de suponer, de que paralelamente a la escuela unitaria se desarrolle una red de asilos de infancia y otras instituciones en las que, incluso antes de la edad escolar, los niños sean habituados a cierta disciplina colectiva y adquieran nociones y actitudes preescolares. De hecho, la escuela unitaria debería ser organizada como colegio, con vida colectiva diurna y nocturna, liberada de las actuales formas de disciplina hipócrita y mecánica, y el estudio debería hacerse colectivamente, con la asistencia de los maestros y de los mejores alumnos, incluso en las horas de aplicación llamada individual, etcétera.

El problema fundamental se plantea para aquella fase de la actual carrera escolar que hoy está representada por el liceo y que hoy no se diferencia en nada, como tipo de enseñanza, de las clases precedentes, a no ser por la suposición abstracta de una mayor madurez intelectual y moral del alumno conforme a la edad mayor y a la experiencia precedentemente acumulada. De hecho, entre liceo y universidad, esto es, entre la escuela propiamente dicha y la vida, hay un salto, una verdadera solución de continuidad, no un paso racional de la cantidad (edad) a la calidad (madurez intelectual y moral). De la enseñanza casi puramente dogmática, en la que la memoria tiene gran parte, se pasa a la fase creativa o de trabajo autónomo e independiente: de la escuela con disciplina de estudio impuesta y controlada autoritariamente se pasa a una fase de estudio y trabajo profesional en la que la autodisciplina intelectual y la autonomía moral es teóricamente ilimitada. Y esto sucede inmediatamente después de la crisis de la pubertad, cuando el fuego de las pasiones instintivas y elementales no ha terminado aún de luchar con los frenos del carácter y de la conciencia moral en formación. En Italia, además, donde en las universidades no se halla difundido el principio del trabajo de “seminario”, el paso es todavía más brusco y mecánico.

He ahí pues que en la escuela unitaria la fase última debe ser concebida y organizada como la fase decisiva en la que se tiende a crear los valores fundamentales del “humanismo”, la autodisciplina intelectual y la autonomía moral necesarias para la ulterior especialización, bien sea de carácter científico (estudios universitarios), bien sea de carácter inmediatamente práctico-productivo (industria, burocracia, organización de cambios, etcétera). El estudio y aprendizaje de los métodos creativos en la ciencia y en la vida debe comenzar en esta última fase de la escuela y no ser más un monopolio de la Universidad o ser dejado al acaso de la vida práctica: esta fase escolar debe ya contribuir a desarrollar el elemento de la responsabilidad autónoma en los individuos, ser una escuela creativa (hay que distinguir entre escuela creativa y escuela activa, incluso en la forma dada por el método Dalton.⁶ Toda la escuela unitaria es escuela activa, si bien es preciso poner límites a las ideologías libertarias en este campo y reivindicar con cierta energía el deber de las generaciones adultas, o sea del Estado, de “confor|mar” a las nuevas generaciones. Se está aún en la fase romántica de la escuela activa, en la que los elementos de la lucha contra la escuela mecánica y jesuítica se han dilatado morbosamente por razones de contraste y de polémica: hay que entrar en la fase “clásica”, racional, encontrar en los fines a alcanzar la fuente natural para elaborar los métodos y las formas. La escuela creativa es la coronación de la escuela activa: en la primera fase se tiende a disciplinar, por lo tanto también a nivelar, a obtener una cierta especie de “conformismo” que se puede llamar “dinámico”; en la fase creativa, sobre el fundamento alcan-

zado de "colectivización" del tipo social, se tiende a expandir la personalidad, convertida en autónoma y responsable, pero con una conciencia moral y social sólida y homogénea. Así, escuela creativa no significa escuela de "inventores y descubridores"; se indica una fase y un método de investigación y de conocimiento, y no un "programa" predeterminado con la obligación de la originalidad y de la innovación a toda costa. Indica que el aprendizaje se produce especialmente por un esfuerzo espontáneo y autónomo del estudiante, en el que el maestro ejerce sólo una función de *guía amigable como sucede o debería suceder* en la Universidad. Descubrir por sí mismos, sin sugerencias y ayudas externas, una verdad, es creación, aunque la verdad sea vieja, y demuestra la posesión del método; indica que de cualquier modo se ha entrado en la fase de madurez intelectual en la que se pueden descubrir verdades nuevas. Por eso en esta fase la actividad escolar fundamental se desarrollará en los seminarios, en las bibliotecas, en los laboratorios experimentales; en ésta se recogerán las indicaciones orgánicas para la orientación profesional).

El advenimiento de la escuela unitaria significa el comienzo de nuevas relaciones entre trabajo intelectual y trabajo industrial no sólo en la escuela, sino en toda la vida social. El principio unitario se reflejará por lo tanto en todos los organismos de cultura, transformándolos y dándoles un nuevo contenido. Problema de la nueva función que podrán asumir las Universidades y las Academias. Hoy estas dos instituciones son independientes la una de la otra y las Academias son el símbolo, a menudo justamente ridiculizado, de la separación existente entre la alta cultura y la vida, entre los intelectuales y el pueblo (de ahí el cierto éxito que tuvieron los futuristas en su primer periodo de *Sturm und Drang* antiacadémico, antitradicionalista, etcétera). En una nueva situación de relaciones entre vida y cultura, entre trabajo intelectual y trabajo industrial, las academias deberían convertirse en la organización cultural (de sistematización, expansión y creación intelectual) de aquellos elementos que después de la escuela unitaria pasarán al trabajo profesional, y en un terreno de encuentro entre ellos y los universitarios. Los elementos sociales empleados en el trabajo profesional no deben caer en la pasividad intelectual, sino que deben tener a su disposición (por iniciativa colectiva y no de individuos aislados, como función social orgánica reconocida de pública necesidad y utilidad) institutos especializados en todas las ramas de investigación y trabajo científico, en los cuales podrán colaborar y en los que encontrarán todos los subsidios necesarios para cualquier forma de actividad cultural que se propongan emprender. La organización académica <deberá ser> reorganizada y vivificada de arriba abajo. Territorialmente tendrá una centralización de competencias y de especializaciones: centros nacionales que se agregarán las grandes instituciones existentes, secciones regionales y provinciales y círculos locales urbanos y rurales. Se seccionará

por competencias científico-culturales, que estarán todas representadas en los centros superiores pero sólo parcialmente en los círculos locales. Unificar los diversos tipos de organización cultural existentes: Academias, Institutos de cultura, círculos filológicos, etcétera, integrando el trabajo académico tradicional, que se explica predominantemente en la sistematización del saber pasado o en el intento de establecer una media del pensamiento nacional como guía de la actividad intelectual, con actividades vinculadas a la vida colectiva, al mundo de la producción y del trabajo. Se controlarán^a las conferencias industriales, la actividad de la organización científica del trabajo, los laboratorios experimentales de fábrica, etcétera. Se construirá un mecanismo para seleccionar y hacer avanzar las capacidades individuales de la masa popular, que hoy son sacrificadas y se debilitan en errores y tentativas sin salida. Cada círculo local debería tener necesariamente la sección de ciencias morales y políticas, y poco a poco organizará las otras secciones especiales para discutir los aspectos técnicos de los problemas industriales, agrarios, de organización y racionalización del trabajo, de fábrica, agrícola, burocrático, etcétera. Congresos periódicos de diverso grado harán conocer a los más capaces.

Sería útil tener la lista completa de las Academias y de las otras organizaciones culturales actualmente existentes y de los temas que son predominantemente tratados en sus trabajos y publicados en sus Actas: en gran parte se trata de cementerios de la cultura, pero no obstante tienen una función en la psicología de la clase dirigente.

La colaboración entre estos organismos y las universidades deberá ser estrecha, así como con todas las escuelas superiores especializadas de todo género (militares, navales, etcétera). El objetivo es obtener una centralización y un impulso de la cultura nacional que serían superiores a los de la Iglesia Católica.

(Este esquema de organización del trabajo cultural según los principios generales de la escuela unitaria, debería ser desarrollado en todas sus partes cuidadosamente y servir de guía en la constitución incluso del más elemental y primitivo centro de cultura, que debería ser concebido como un embrión y una molécula de toda la estructura más masiva. Incluso las iniciativas que se saben transitorias y experimentales deberían ser concebidas como capaces de ser absorbidas en el esquema general y al mismo tiempo como elementos vitales que tienden a crear todo el esquema. Estudiar con atención la organización y el desarrollo del Rotary Club.)

Cfr. Cuaderno 4 (XIII), pp. 11-19, 19-21 bis.

<§ 2>. *Observaciones sobre la escuela: para la búsqueda del principio educativo.* La fractura determinada por la reforma Gentile entre la escuela

^a En el manuscrito: "se controlará".

elemental y media por una parte y la superior por la otra. Antes de la reforma existía una fractura similar, sólo que de modo menos marcado, entre la escuela profesional de una parte y las escuelas medias y superiores de la otra: la escuela elemental estaba colocada en una especie de limbo, por algunas de sus características particulares.

En las escuelas elementales dos elementos se prestaban a la educación y a la formación de los niños: las primeras nociones de ciencias naturales y las nociones de derechos y deberes del ciudadano. Las nociones científicas debían servir para introducir al niño en la "societas rerum", los derechos y deberes en la vida estatal y en la sociedad civil. Las nociones científicas entraban en lucha con la concepción mágica del mundo y de la naturaleza que el niño absorbe del ambiente impregnado de folklore, así como las nociones de derechos y deberes entran en lucha con las tendencias a la barbarie individualista y localista, que es también un aspecto del folklore. La escuela con su enseñanza lucha contra el folklore, con todas las sedimentaciones tradicionales de concepción del mundo para difundir una concepción más moderna, en la que los elementos primitivos y fundamentales son dados por el aprendizaje de la existencia de las leyes de la naturaleza como algo objetivo y rebelde a lo que hay que adaptarse para dominarlas, y por las leyes civiles y estatales que son un producto | de una actividad humana, que están establecidas por el hombre y pueden ser cambiadas por el hombre para los fines de su desarrollo colectivo; la ley civil y estatal ordena a los hombres en el modo históricamente más adecuado para dominar las leyes de la naturaleza, o sea para facilitar su trabajo, que es el modo propio del hombre de participar activamente en la vida de la naturaleza para transformarla y socializarla cada vez más profunda y extensamente. Puede decirse por ello que el principio educativo que era fundamento de las escuelas elementales era el concepto de trabajo, que no puede realizarse en toda su potencia de expansión y de productividad sin un conocimiento exacto y realista de las leyes naturales y sin un orden legal que regule orgánicamente la vida de los hombres entre sí, orden que debe ser respetado por convicción espontánea y no sólo por imposición externa, por necesidad reconocida y propuesta a sí mismos como libertad y no por simple coacción. El concepto y el hecho del trabajo (de la actividad teórico-práctica) es el principio educativo inmanente en las escuelas elementales, porque el orden social y estatal (derechos y deberes) es introducido e identificado por el trabajo en el orden natural. El concepto del equilibrio entre orden social y orden natural sobre el fundamento del trabajo, de la actividad teórico-práctica del hombre, crea los primeros elementos de una intuición del mundo, liberada de toda magia y brujería, y da la base al desarrollo ulterior de una concepción histórica, dialéctica, del mundo, para comprender el movimiento y el devenir, para valorar la suma de esfuerzos y de sacrificios que ha costado el presente al pasado y que el futuro cuesta

al presente, para concebir la actualidad como síntesis del pasado, de todas las generaciones pasadas, que se proyecta en el futuro. Éste es el fundamento de la escuela elemental; que éste haya dado todos sus frutos, que en el cuerpo de los maestros haya existido la conciencia de su misión, es otra cuestión, vinculada a la crítica del grado de conciencia civil de toda la nación, de la que el cuerpo magisterial era sólo una expresión, todavía devaluada, y ciertamente no una vanguardia.

No es completamente exacto que la instrucción no sea también educación: el haber insistido demasiado en esta distinción ha sido un grave error de la pedagogía idealista y se ven ya los efectos en la escuela reorganizada por esta pedagogía. Para que la instrucción no fuese también educación sería preciso que el escolar fuese una simple pasividad, un "recipiente mecánico" de nociones abstractas, lo que es absurdo y por lo demás es "abstractamente" negado por los defensores de la pura educatividad precisamente contra la simple instrucción mecanicista. Lo "cierto" se vuelve "verdadero" en la conciencia del niño. Pero la conciencia del niño no es ninguna cosa "individual" (y mucho menos individualizada), es el reflejo de la fracción de sociedad civil en la que el niño participa, de las relaciones sociales tal como se anudan en la familia, en la vecindad, en la población, etcétera. La conciencia individual de la inmensa mayoría de los niños refleja relaciones civiles y culturales distintas y antagónicas con respecto a las que son representadas por los programas escolares: lo "cierto" de una cultura avanzada, se convierte en "verdadero" en los cuadros de una cultura fosilizada y anacrónica, no hay unidad entre escuela y vida, y por eso no hay unidad entre instrucción y educación. Por lo tanto puede decirse que en la escuela el nexo instrucción-educación sólo puede ser representado por el trabajo vivo del maestro, en cuanto que el maestro es consciente de los contrastes entre el tipo de sociedad y de cultura que él representa y el tipo de sociedad y de cultura representado por los alumnos, y es consciente de su tarea que consiste en acelerar y disciplinar la formación del niño | conforme al tipo superior en lucha contra el tipo inferior. Si el cuerpo magisterial es deficiente y el nexo instrucción-educación es disuelto para resolver la cuestión de la enseñanza según esquemas acartonados en los que la educatividad es exaltada, la obra del maestro resultará aún más deficiente: se tendrá una escuela retórica, sin seriedad, porque faltará la sustancia material de lo cierto, y lo verdadero será verdadero en palabras, o sea en retórica. La degeneración se ve aún mejor en la escuela media, en los cursos de literatura y filosofía. Antes los alumnos, por lo menos, se formaban un cierto "bagaje" o "moblaje" (según los gustos) de nociones concretas: ahora que el maestro debe ser especialmente un filósofo y un esteta, el alumno descuida las nociones concretas y se "llena la cabeza" de fórmulas y palabras que para él no tienen sentido la mayor parte de las veces, y que inmediatamente son olvidadas. La

10

lucha contra la vieja escuela era justa, pero la reforma no era tan sencilla como parecía, no se trataba de esquemas programáticos, sino de hombres, y no de los hombres que inmediatamente son maestros, sino de todo el conjunto social del que los hombres son expresión. En realidad, un maestro mediocre puede lograr obtener que los alumnos se hagan más *instruidos*, no logrará obtener que sean más cultos; desarrollará con escrúpulo y conciencia burocrática la parte mecánica de la escuela y el alumno, si es un cerebro activo, ordenará por su propia cuenta, y con la ayuda de su ambiente social, el “bagaje” acumulado. Con los nuevos programas, que coinciden con un descenso general del nivel del cuerpo de enseñanza, no habrá ningún “bagaje” que ordenar. Los nuevos programas habrían debido abolir completamente los exámenes: hacer un examen, ahora, debe ser terriblemente más un “juego de azar” que antiguamente. Una fecha es siempre una fecha, quien quiera que sea el profesor que examine, y una “definición” es siempre una definición; ¿pero un juicio, un análisis estético o filosófico?

La eficacia educativa de la vieja escuela media italiana, tal cual la había organizado la vieja ley Casati,¹ no debía buscarse (o negarse) en la voluntad expresa de ser o no escuela educativa, sino en el hecho de que su organización y sus programas eran la expresión de un modo tradicional de vida intelectual y moral, de un clima cultural difundido en toda la sociedad italiana por antiquísima tradición. Que tal clima y tal modo de vivir hayan entrado en agonía y que la escuela se haya divorciado de la vida, ha determinado la crisis de la escuela. Criticar los programas y la organización disciplinaria de la escuela, quiere decir menos que nada, si no se toman en cuenta tales condiciones. Así se vuelve a la participación realmente activa del alumno en la escuela, que sólo puede existir si la escuela está ligada a la vida. Los nuevos programas, cuanto más afirman y teorizan la actividad del discípulo y su colaboración activa con el trabajo del docente, tanto más están organizados como si el discípulo fuese una simple pasividad. En la vieja escuela el estudio gramatical de las lenguas latina y griega, unido al estudio de las literaturas e historias políticas respectivas, era un principio educativo en la medida en que el ideal humanista, que se encarna en Atenas y Roma, estaba difundido en toda la sociedad, era un elemento esencial de la vida y la cultura nacional. Incluso el aspecto mecánico del estudio gramatical estaba basado en la perspectiva cultural. Las nociones aisladas no eran asimiladas para un fin inmediato práctico-profesional: el aprendizaje parecía desinteresado, porque el interés era el desarrollo interior de la personalidad, la formación del carácter a través de la absorción y asimilación de todo el pasado cultural de la moderna civilización europea. No se aprendía el latín y el griego para hablarlos, para trabajar como camareros, como intérpretes, como agentes comerciales. Se aprendía para conocer directamente la civilización | de ambos pueblos,

presupuesto necesario de la civilización moderna, o sea para ser uno mismo y conocerse a uno mismo conscientemente. Las lenguas latina y griega se aprendían según la gramática, mecánicamente; pero hay mucha injusticia e impropiedad en la acusación de mecanicismo y aridez. Hay que vérselas con muchachitos, a los que hay que hacer contraer ciertos hábitos de diligencia, de exactitud, de compostura incluso física, de concentración psíquica en determinados temas que no se pueden adquirir sin una repetición mecánica de actos disciplinados y metódicos. ¿Un estudioso de cuarenta años sería capaz de permanecer ante su escritorio durante dieciséis horas seguidas, si de niño no hubiese adquirido coactivamente, por coacción mecánica, los hábitos psicofísicos apropiados?² Si se desea seleccionar grandes científicos, todavía hay que comenzar por ese punto y hay que presionar sobre toda el área escolar para lograr hacer emerger esos miles o centenares o incluso sólo docenas de estudiosos de gran clase, de los que toda civilización tiene necesidad (si bien es posible mejorar mucho en este campo, con la ayuda de subsidios científicos adecuados, sin regresar a los métodos escolares de los jesuitas).

Se aprende el latín (o mejor dicho, se estudia el latín), se lo analiza hasta en sus partes más elementales, se lo analiza como una cosa muerta, es cierto, pero ningún análisis hecho por un niño puede ser sino sobre cosas muertas; por otra parte no hay que olvidar que donde se hace este estudio, en estas formas, la vida de los romanos es un mito que en cierta medida ha interesado ya al niño y le interesa, puesto que en lo muerto hay siempre presente un algo vivo más grande. Además: la lengua está muerta, es analizada como una cosa inerte, como un cadáver sobre la mesa anatómica, pero revive continuamente en los ejemplos, en las narraciones. ¿Se podría hacer el mismo estudio con el italiano? Imposible: ninguna lengua viva podría ser estudiada como el latín: sería y parecería absurdo. Ninguno de los niños conoce el latín cuando se inicia el estudio con ese método analítico. Una lengua viva podría ser conocida y bastaría que un solo niño la conociese, para romper el encanto: todos irían a la escuela Berlitz, inmediatamente. El latín se presenta (igual que el griego) a la fantasía como un mito, incluso para el maestro. El latín no se estudia para aprender latín; el latín, desde hace mucho tiempo, por una tradición cultural-escolar cuyo origen y desarrollo se podrían investigar, se estudia como elemento de un programa escolar ideal, elemento que resume y satisface toda una serie de exigencias pedagógicas y psicológicas; se estudia para habituar a los niños a estudiar de un modo determinado, a analizar un cuerpo histórico que se puede tratar como un cadáver que continuamente se recompone en vida, para habituarlos a razonar, a abstraer esquemáticamente aun siendo capaces a remitirse de la abstracción a la vida real inmediata, para ver en cada hecho o dato lo que tiene de general y lo que tiene de particular, el concepto y el individuo. ¿Y qué no significa,

educativamente, el continuo parangón entre el latín y la lengua que se habla? La distinción y la identificación de las palabras y los conceptos, toda la lógica formal, con las contradicciones de los opuestos y el análisis de los distintos, con el movimiento histórico del conjunto lingüístico, que se modifica en el tiempo, que tiene un devenir y no sólo un estatismo. En los ocho años de gimnasio-liceo se estudia toda la lengua históricamente real, después de haberla visto fotografiada en un instante abstracto, en forma de gramática: se estudia desde Enio (e incluso desde las palabras de los fragmentos de las doce tablas) hasta Pedro y los cristianos-latinos: un proceso histórico es analizado desde su aparición hasta su muerte en el tiempo, muerte aparente, porque se sabe que el italiano, con el que el latín es continuamente confrontado, es latín moderno. Se estudia la gramática de cierta época, una abstracción, el vocabulario | de un periodo determinado, pero se estudian (por comparación) la gramática y el vocabulario de cada autor determinado, y el significado de cada término en cada "periodo" [estilístico] determinado: se descubre así que la gramática y el vocabulario de Pedro no son los de Cicerón, ni los de Plauto, o de Lactancio y Tertuliano, que un mismo nexo de sonidos no tiene el mismo significado en los diversos tiempos, ni en los diversos escritores. Se comparan continuamente el latín y el italiano: pero cada palabra es un concepto, una imagen, que asume matices diversos en los tiempos, en las personas, en cada una de las dos lenguas comparadas. Se estudia la historia literaria, de los libros escritos en aquella lengua, la historia política, la gesta de los hombres que hablaron esa lengua. De todo este complejo orgánico resulta determinada la educación del joven, del hecho de que aunque sólo sea materialmente ha recorrido todo aquel itinerario, con aquellas etapas, etcétera. Se ha sumergido en la historia, ha adquirido una intuición historicista del mundo y de la vida, que se convierte en una segunda naturaleza, casi una espontaneidad, porque no ha sido pedantemente inculcada por "voluntad" extrínsecamente educativa. Este estudio educaba sin tener la voluntad expresamente declarada, con la mínima intervención "educativa" del maestro: educaba porque instruía. Se hacían experimentos lógicos, artísticos, psicológicos sin "reflexionar en ellos", sin mirarse continuamente al espejo, y se hacía especialmente un gran experimento "sintético", filosófico, de desarrollo histórico-real.

Esto no quiere decir (y sería torpe pensarlo) que el latín y el griego, como tales, tengan cualidades intrínsecamente taumáturgicas en el campo educativo. Es toda la tradición cultural, que vive también y especialmente fuera de la escuela, la que en un determinado ambiente produce tales consecuencias. Se ve, por lo demás, cómo, cambiada la tradicional intuición de la cultura, la escuela ha entrado en crisis y ha entrado en crisis el estudio del latín y del griego.

Habrà que sustituir el latín y el griego como crisol de la escuela forma-

tiva y se sustituirán, pero no será fácil organizar la nueva materia o la nueva serie de materias en un orden didáctico que dé resultados equivalentes de educación y formación general de la personalidad, partiendo de los niños hasta el umbral de la elección profesional. En este periodo, en efecto, el estudio o la parte mayor del estudio debe ser (o parecerles a los discípulos) desinteresado, esto es, no tener objetivos prácticos inmediatos o demasiado inmediatos, debe ser formativo, aunque sea "instructivo", o sea rico de nociones concretas.

En la escuela actual, por la crisis profunda de la tradición cultural y de la concepción de la vida y del hombre, tiene lugar un proceso de degeneración progresiva: las escuelas de tipo profesional, o sea preocupadas por satisfacer intereses prácticos inmediatos, pierden^a su posición de vanguardia en la escuela formativa, inmediatamente desinteresada. El aspecto más paradójico es que este nuevo tipo de escuela aparece y es predicada como democrática, mientras que por el contrario ella no sólo está destinada a perpetuar las diferencias sociales, sino a cristalizarlas en formas chinas.

La escuela tradicional ha sido oligárquica por estar destinada a la nueva generación de los grupos dirigentes, destinada a su vez a volverse dirigente: pero no era oligárquica por el modo de su enseñanza. No es la adquisición de capacidades directivas, no es la tendencia a formar hombres superiores lo que da el sello social a un tipo de escuela. El sello social es dado por el hecho de que cada grupo social tiene su propio tipo de escuela, destinado a perpetuar en estos estratos una determinada función tradicional, directiva o instrumental. Si se quiere destruir esta trama, es preciso, pues, no multiplicar y graduar los tipos de escuela profesional, sino crear un tipo único de escuela preparatoria (elemental-media) que conduzca al joven hasta el umbral de la elección profesional, formán|dolo 11^a entre tanto como persona capaz de pensar, de estudiar, de dirigir o de controlar a quien dirige.

La multiplicación de tipos de escuela profesional tiende, pues, a eternizar las diferencias tradicionales, pero como, en estas diferencias, tiende a suscitar estratificaciones internas, he ahí que hace nacer la impresión de poseer una tendencia democrática. Obrero manual y obrero calificado, por ejemplo; campesino y geómetra o ayudante de agrónomo, etcétera. Pero la tendencia democrática, intrínsecamente, no sólo puede significar que un obrero descalificado se vuelve calificado, sino que todo "ciudadano" puede volverse "gobernante" y que la sociedad lo pone, aunque sea "abstractamente", en las condiciones generales de poder llegar a serlo; la democracia política tiende a hacer coincidir a gobernantes y gobernados (en el sentido del gobierno con el consenso de los gobernados), asegurando a todo gobernado el aprendizaje gratuito de la capacidad y la preparación técnica general necesarias al fin. Pero el tipo de escuela que se desarrolla

^a En el manuscrito: "toma".

como escuela para el pueblo no tiende ni siquiera a mantener la ilusión, porque se organiza cada vez más en forma de restringir la base de la clase gobernante técnicamente preparada, en un ambiente social político que restringe aún más la "iniciativa privada" en el sentido de impartir esta capacidad y preparación técnico-política, de modo que se regresa en realidad a las divisiones de "orden" jurídicamente establecidas y cristalizadas más que a la^a superación de las divisiones en grupos: la multiplicación de las escuelas profesionales cada vez más especializadas desde el comienzo de la carrera de los estudios es una de las manifestaciones más visibles de esta tendencia.

A propósito del dogmatismo y del criticismo-historicismo en la escuela elemental y media, debe observarse que la nueva pedagogía ha querido dar la batalla al dogmatismo precisamente en el campo de la instrucción, del aprendizaje de nociones concretas, o sea precisamente en el campo en el que un cierto dogmatismo es prácticamente imprescindible y puede ser reabsorbido y disuelto sólo en el ciclo entero del curso escolar (no se puede enseñar gramática histórica en las escuelas elementales y en el gimnasio), pero se ve obligada luego a ver introducido el dogmatismo por excelencia en el campo del pensamiento religioso e implícitamente a ver descrita toda la historia de la filosofía como una sucesión de locuras y delirios.

En la enseñanza de la filosofía, el nuevo curso pedagógico (al menos para aquellos alumnos, y son la inmensa mayoría, que no reciben ayudas intelectuales fuera de la escuela, en la familia o en el ambiente familiar, y deben formarse sólo con las indicaciones que reciben en clase) empobrece la enseñanza y rebaja su nivel prácticamente, no obstante que racionalmente parezca bellissimo, de una belleza utópica. La filosofía descriptiva tradicional, reforzada por un curso de historia de la filosofía y de la lectura de cierto número de filósofos, prácticamente parece lo mejor. La filosofía descriptiva y definidora será una abstracción dogmática, como la gramática y las matemáticas, pero es una necesidad pedagógica y didáctica. $1 = 1$ es una abstracción, pero nadie es conducido por ello a pensar que una mosca es igual a un elefante. Incluso las reglas de la lógica formal son abstracciones del mismo género, son como la gramática del pensar normal, y no obstante es preciso estudiarlas, porque no son algo innato, sino que deben ser adquiridas con el trabajo y la reflexión. El nuevo curso presupone que la lógica formal es algo que ya se posee cuando se piensa, pero no explica cómo se la debe adquirir, lo que prácticamente es como si se la | supusiera innata. La lógica formal es como la gramática: es asimilada en forma "viviente" aunque el aprendizaje necesariamente haya sido esquemático y abstracto, porque el discípulo no es un disco de gramófono, no es un recipiente pasivamente mecánico, aunque la

convencionalidad litúrgica de los exámenes lo haga aparecer así en ocasiones. La relación de estos esquemas educativos con el espíritu infantil es siempre activa y creativa, como activa y creativa es la relación entre el obrero y sus utensilios de trabajo: un calibrador es también él un conjunto de abstracciones, y sin embargo no se producen objetos sin previamente calibrarlos, objetos reales que son relaciones sociales y contienen, implícitas, ideas. El niño que se esfuerza con los *barbara*, *baralípton*,² se fatiga, es cierto, y hay que procurar que sufra la fatiga indispensable y no más, pero también es cierto que siempre deberá fatigarse para aprender a forzarse a sí mismo a privaciones y limitaciones de movimiento físico, o sea someterse a un aprendizaje psico-físico. Hay que persuadir a mucha gente de que también el estudio es un oficio, y muy fatigoso, con su especial aprendizaje, además de intelectual, también muscular-nervioso: es un proceso de adaptación, es un hábito adquirido mediante el esfuerzo, el aburrimiento e incluso el sufrimiento. La participación de masas más vastas en la escuela media acarrea la tendencia a disminuir la disciplina del estudio, a exigir "facilidades". Muchos piensan incluso que las dificultades son artificiosas, porque están acostumbrados a considerar como trabajo y fatiga sólo el trabajo manual. La cuestión es compleja. Ciertamente, el niño de una familia tradicional de intelectuales supera más fácilmente el proceso de adaptación psico-física; desde la primera vez que entra a clase tiene numerosos puntos de ventaja sobre sus compañeros, tiene una orientación ya adquirida por los hábitos familiares: concentra la atención con mayor facilidad, porque tiene el hábito del control físico, etcétera. Del mismo modo el hijo de un obrero de ciudad sufre menos al entrar a la fábrica que un hijo de campesinos o un joven campesino ya desarrollado para la vida rural. También el régimen alimenticio tiene su importancia, etcétera. He ahí por qué muchos del pueblo piensan que en la dificultad del estudio hay un "truco" en su perjuicio (cuando no piensan que son estúpidos por naturaleza): ven al señor (y para muchos, en el campo especialmente, señor quiere decir intelectual) realizar con soltura y aparente facilidad el trabajo que a sus hijos les cuesta lágrimas y sangre, y piensan que debe de haber un "truco". En una nueva situación, estas cuestiones pueden hacerse agudísimas y habrá que resistir la tendencia a hacer fácil aquello que no puede serlo sin desnaturalizarse. Si se quiere crear un nuevo estrato de intelectuales, hasta llegar a las más grandes especializaciones, de un grupo social que tradicionalmente no ha desarrollado las aptitudes correspondientes, habrá que superar dificultades inauditas.

Cfr. Cuaderno 4 (XIII), pp. 29-32 bis.

§ <3>. Cuando se distingue entre intelectuales y no-intelectuales en realidad nos referimos solamente a la inmediata función social de la ca-

^a En el manuscrito: "de".

tegoría profesional de los intelectuales, esto es, se toma en cuenta la dirección en que gravita el peso mayor de la actividad específica profesional, si en la elaboración intelectual o en el esfuerzo muscular-nervioso. Esto significa que si se puede hablar de intelectuales, no se puede hablar de no-intelectuales, porque no-intelectuales no existen. Pero la misma relación entre esfuerzo de elaboración intelectual-cerebral y esfuerzo muscular-nervioso no es siempre igual, por lo tanto se tienen diversos grados de actividad específica intelectual. No existe actividad humana de la que se pueda excluir toda intervención intelectual, no se puede separar el

12ª homo faber del homo sapiens. Todo hombre, en fin, fuera de su profesión explica una determinada actividad intelectual, es un “filósofo”, un artista, un hombre de gusto, participa de una concepción del mundo, tiene una línea de conducta moral consciente, por lo tanto contribuye a sostener o modificar una concepción del mundo, o sea a suscitar nuevos modos de pensar. El problema de la creación de una nueva clase intelectual consiste por lo tanto en elaborar críticamente la actividad intelectual que en cada uno existe en cierto grado de desarrollo, modificando su relación con el esfuerzo muscular-nervioso hacia un nuevo equilibrio y obteniendo que el mismo esfuerzo muscular-nervioso, en cuanto elemento de una actividad práctica general, que renueva perpetuamente el mundo físico y social, se convierta en fundamento de una concepción del mundo nueva e integral. El tipo tradicional y vulgarizado del intelectual lo representa el literato, el filósofo, el artista. Por eso los periodistas, que se consideran literatos, filósofos, artistas, se consideran a sí mismos también como los “verdaderos” intelectuales. En el mundo moderno la educación técnica, estrechamente vinculada al trabajo industrial, incluso al más primitivo o descalificado, debe formar la base del nuevo tipo de intelectual. Sobre esta base ha trabajado el *Ordine Nuovo*^a semanal para desarrollar ciertas formas de nuevo intelectualismo y para determinar sus nuevos conceptos, y ésta no ha sido una de las menores razones de su éxito, porque tal planteamiento correspondía a aspiraciones latentes y correspondía al desarrollo de las formas reales de vida. El modo de ser del nuevo intelectual no puede seguir consistiendo en la elocuencia, motriz exterior y momentánea de los afectos y las pasiones, sino en el mezclarse activamente en la vida práctica, como constructor, organizador, “persuasor permanentemente” porque no puro orador, y sin embargo superior al espíritu abstracto matemático; de la técnica-trabajo llega a la técnica-ciencia y a la concepción humanista histórica, sin la cual se permanece como “especialista” y no se llega a “dirigente” (especialista + político).

Cfr. *Cuaderno 4* (XIII), pp. 21 bis, 39 bis-40.

^a En el manuscrito: “O. N.”.